

EL RELOJ PRODIGIOSO

No se podía imaginar Alfredo, para qué querría su amigo, verlo con tanta urgencia.

El escueto mensaje que le había dejado en el contestador, le pedía que se pasase por su tienda, tan pronto como le fuera posible.

Pablo, tenía un pequeño pero afamado comercio de antigüedades, situado en el entresuelo de un elegante inmueble. El número ocho de la calle Reina Isabel, era frecuentado por los coleccionistas más exigentes. Lo que allí se exhibían eran auténticas obras de arte, verdaderos tesoros que no estaban al alcance de cualquiera.

Alfredo no se encontraba precisamente entre los clientes de Pablo. Su modesto sueldo, le impedía hacerse con alguno de los preciados objetos, que su amigo vendía en la tienda.

Con frecuencia, el anticuario lo citaba allí para mostrarle los artículos de mayor interés, que iba adquiriendo. Pese a no poder comprarlos, disfrutaba contemplando cada nueva pieza que llegaba.

A los dos, les apasionaba catalogar todo aquello que venía sin fecha, sin origen, sin referencia.

Sus conocimientos les permitían, ubicar cada pieza en su época correspondiente, analizar su estilo, descubrir su procedencia...

Tras el corto paseo que suponía el trayecto desde su casa, alcanzó a divisar el pequeño cartel azul que anunciaba la tienda.

El escaparate, seguía mostrando casi lo mismo que la última vez que había estado.

Allí continuaba la lámpara Tiffany que tanto admiraba, el magnífico juego de té de plata inglesa, la serie de cajitas de porcelana de la Real Fábrica de Nápoles. Eso sí,

faltaba el esplendido reloj de J. Martineau del s.XVIII y en su lugar observaba, un no menos valioso, reloj estilo directorio de finales del mismo siglo.

Terminado el exhaustivo repaso, bajó los cuatro peldaños que desnivelaban el establecimiento de la calle, y tocó suavemente el timbre.

Al instante, le abrió su amigo haciéndolo pasar a la trastienda.

Solía colocar las novedades, en el centro de una gran mesa de roble. Justo allí, había un paquete cuidadosamente envuelto.

- ¡Esto es para ti!- le anunció el anticuario.

Extrañado, Alfredo comenzó a rasgar el envoltorio.

-¡Es un reloj!- le desveló, pues no podía contener las ansias de revelar el contenido.

Los relojes eran su debilidad, su pasión, la especialidad de su negocio. En sus ilustres vitrinas habían lucido: elegantes relojes de torre, magníficos planetarios, admirables relojes de cuadro y hasta un valiosísimo Astrario del s. XIV.

Efectivamente, aquel paquete contenía un precioso reloj de sobremesa del s. XVII.

Antes de que Alfredo, pudiera decirle que no lo aceptaba, el anticuario, le contó cómo lo había obtenido...

-¡Ayer me lo trajo una señora, y de verdad... me pidió muy poco por él. Según ella no funciona. Lo más curioso fue, que me rogó que no intentara arreglarlo!-

La explicación dejó convencido a Alfredo, quién al final, de buena gana, aceptó el obsequio.

Comenzaron a observarlo con detenimiento. Se trataba de un reloj de bronce, dorado y pavonado. La esfera era de porcelana. Sobre ella se alzaba, la bella figura de una diosa alada. En su brazo derecho empuñaba una fina espada y con ella, apuntaba a un humano

que parecía estar dormido a sus pies. A ambos, los rodeaban, cuatro pequeñas columnas, decoradas con motivos alegóricos, que representaban las estaciones.

El reloj poseía: calendario perpetuo y semanario, así como, mostrador de las fases de la luna.

Se trataba de una joya, un tesoro mecánico que había dejado de funcionar a las cinco de la tarde, un veintiuno de Marzo de hacía cincuenta años.

Terminadas las averiguaciones acerca del fabuloso artilugio, Alfredo, conmovido, se lo llevó a su casa.

Una vez allí, le buscó un sitio destacado en el que poder contemplarlo cómodamente.

El, que siempre había suspirado por tener un reloj de los que Pablo vendía, por fin, ya poseía uno.

Aquel regalo, era el mejor que le habían hecho en años. Se pasaba las tardes, contemplándolo, disfrutándolo. Tanto lo cautivaba, que comenzó a sentir la irresistible necesidad de hacerlo funcionar.

Trató de controlar el impulso pues, Pablo le recordó la expresa recomendación que le había hecho la señora.

Sin embargo, un día pudieron más los deseos de verlo en marcha. Desarmó cuidadosamente la parte posterior y descubrió una pequeña puerta que escondía la llave de la cuerda. Junto a ella encontró una diminuta envoltura que guardaba lo que parecía ser una rueda del mecanismo.

Introdujo la llave en el orificio, y la giró varias veces, sin obtener resultado.

-¡Tal vez, esté realmente estropeado!- pensó

Guardó el llavín y la envoltura dentro del compartimento, cerró la puertecilla y volvió a colocar la tapa.

Días más tarde, sintió nuevamente, el deseo de revivirlo y decidió llevárselo a un conocido relojero. Ante él abrió la puertecilla mostrándole la llave y la pequeña rueda.

Una semana después, el reloj estaba funcionando.

Según el experto, la pieza había sido quitada a propósito. Sin ella ningún elemento del mecanismo, podía moverse.

De regreso a su casa, Alfredo, presa de la excitación, se dispuso a darle cuerda.

Diez vueltas le bastaron, para que como por arte de magia, el brazo de la diosa comenzara a alzarse, apuntando al cielo con su fina espada. En tanto, el torso del humano que yacía a sus pies, se incorporaba.

Estaba realmente emocionado, al descubrir, que se trataba de un reloj con autómatas.

Desde siempre había oído hablar del misterio y la fascinación que envolvía a este tipo de relojes, y ahora él, acababa de sentir lo mismo.

Decidió ponerlo en hora, le ajustó la ruedecilla de los días, la de las semanas, la de los meses y lo adelantó cincuenta años.

Manualmente colocó el minuterero en las once y el horario en las siete. En punto sonaron el mismo número de armoniosas campanadas, precedidas de una delicada musiquilla.

En adelante, el reloj, siguió funcionando a la perfección.

Cada siete días, Alfredo, también puntual, accionaba la llave de la cuerda, otorgándole otras tantas jornadas de vida.

Pronto le confesó a su amigo, que pese al ruego de la señora, había reparado el reloj.

De igual manera, le manifestó la preocupación que le producía el hecho de que los autómatas, no habían vuelto a moverse.

Tranquilizándolo, Pablo le explicó que en ocasiones, los muelles que les imprimían los movimientos, se destensaban, incluso se partían, de tal modo que era imposible repararlos.

La información del anticuario, tranquilizó en gran medida a Alfredo, quién se conformaba con verlo funcionar y con escuchar el hermoso repiqueteo de las horas.

El reloj, era la joya de su casa, el objeto máspreciado. De vez en cuando, el fabuloso artilugio, lo obsequiaba con una grata sorpresa.

Así, cuando repicaron las primeras campanadas del día veintiuno de de Septiembre, la melodía que sonaba previamente, era distinta.

A la una de la mañana, Alfredo se despertó alertado por el cambio de sonido.

Fascinado cayó en la cuenta, de que ese día, precisamente ese, comenzaba el otoño.

-¡Increíble!- pensó- ¡este reloj, varía de acordes cada vez que se ocurre un cambio de estación!...

Llegó el invierno y el fantástico suceso se volvió a producir...

A la una de la mañana del día veintiuno de Diciembre, el reloj anunció nuevamente la llegada de la estación fría.

Hora tras hora, la agradable musiquilla, le alegró todos los días de aquel invierno.

Ya sólo le faltaba por conocer, la última del repertorio.

Si todo sucedía conforme a lo previsto, la escucharía el veintiuno de Marzo.

Así fue realmente. Tal y como ocurrió las dos veces anteriores; a la una de la mañana del día señalado, el carillón, cambió nuevamente...

No se imaginaba el anticuario, para qué lo querría su amigo Alfredo...

Le había pedido que se acercara por su casa, después de cerrar la tienda.

Tocó el timbre, pero no obtuvo respuesta. Tras intentarlo tres veces, decidió abrir con una llave que su amigo, le había proporcionado, hacía ya algún tiempo.

Al entrar, encontró sobre la mesa, un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.

Nadie respondía...

Alfredo yacía inerte sobre su cama. El reloj se había parado en las cinco de la tarde. Era veintiuno de Marzo.

La diosa alada había bajado su brazo ejecutor y apuntaba con su espada al humano, que bajo sus pies yacía muerto....

SEUDÓNIMO:ORIÓN